

## Sobre *Infotopia* de Sunstein •

David Estlund

La democracia deliberativa no es popular entre los científicos sociales. Para ellos suena como algo muy similar a la concepción “clásica” de la democracia, con sus ideas ingenuas acerca de la virtud cívica y la promoción del bien común. Especialmente desde que Schumpeter presentó aquella tesis escéptica en 1942,<sup>1</sup> los economistas y politólogos tienden (al menos en mayor medida que los filósofos y teóricos políticos) a preferir una concepción mínima y realista de la democracia, de acuerdo con la cual los individuos, de modo bastante racional, mayormente ignoran la política y, también de modo bastante racional, se preocupan principalmente por sí mismos. El valor de la democracia, desde este punto de vista, es que se puede contar con cierta estabilidad dándole a la gente lo que pide (aunque esto no explica la aceptación por parte de los perdedores). Por supuesto, hay otras formas, frecuentemente mejores formas, de dar a la gente lo que pide, como el mercado económico, de modo tal que el valor de la democracia es superado fácilmente. El disfavor frente a la democracia deliberativa (el que no es de manera alguna uniforme; estoy generalizando) entre los científicos sociales es parte de su ambivalencia sobre la democracia en sí misma. Es raro encontrar a alguien que defienda formas políticas no democráticas, pero muchos creen que si la mejor política es la democrática, entonces la política misma debería ser evitada, siendo la alternativa preferida el libre mercado.

A lo largo de décadas, los defensores de la democracia en la teoría y la filosofía política han tendido a ajustar sus enfoques para responder a las críticas prominentes que le han dirigido las ciencias sociales desde Schumpeter. Aquí se incluye la literatura original de la “elección social” [*“social choice”*] que se deriva de la obra de Arrow. Éste es el contexto teórico que dio lugar al sistema contrastante de la “democracia deliberativa” que se volvió tan popular recientemente. Si (nuevamente generalizando) los economistas y los científicos sociales conciben a los valores como subjetivos, y a cualquier votante realista como egoísta, los nuevos demócratas esbozan un marco normativo —proyectado para que no deje de ser realista— en el que los votantes tienen una preocupación significativa acerca de la justicia y el bien común, y en el que su posición y sus actitudes se benefician de una esfera pública en la que la razón puede jugar un papel. La “razón” a la que se refieren los demócratas deliberativos no es meramente la que se refiere a la elección de medios óptimos, encaminados a conseguir los fines arbitrarios de un agente, que es el significado estándar de la racionalidad en las ciencias sociales. Ellos dan por sentado que, frecuentemente, hay razones para que una persona haga lo que es correcto, sea o no que ello promueva las metas individuales de esa persona. Los científicos sociales no están en contra de la razón o el razonamiento público. La información ayuda a la gente a promover

---

• El autor se refiere a Cass Sunstein, *Infotopia: How Many Minds Produce Knowledge* (Oxford University Press, 2006). El artículo de Estlund fue publicado originalmente en *Theoria*, Issue 19 (páginas 14-29). Reproducido bajo permiso. Traducido por Cecilia Hopp, con la colaboración de Lucas Arrimada.

1. Schumpeter, J.A. (1942) *Capitalism, Socialism, and Democracy*, New York: Harper.

sus intereses de manera efectiva, de modo tal que en ese sentido el razonamiento en el espacio público encaja bien en su modelo. Sobre lo que son verdaderamente escépticos es acerca de la posibilidad del razonamiento moral. Constantemente intentan asimilar los comportamientos que parecen o que pretenden ser consecuencia de razonamientos morales a una actividad no racional, tal como expresar sentimientos, intimidar a alguien, o despertar aprecio (esperando, por supuesto, que otras personas no se den cuenta que el “razonamiento moral” es en verdad una farsa cuando reparten su estima).

De tal manera que hay frentes de batalla abiertos, con los demócratas deliberativos actualizando la concepción clásica de la democracia, y los demócratas minimalistas intentando desacreditarla (nuevamente). Si hubiera buenas razones para pensar que la deliberación funciona —que los participantes podrían responder preguntas en común con algo más que puros motivos egoístas, y que eso puede tender a producir buenas decisiones políticas—, entonces los escépticos habrían perdido la batalla. Si es una pregunta empírica, entonces es importante ver qué es lo que muestra la evidencia.

Cass Sunstein es como un partidario de ambos bandos. Por un lado, en trabajos anteriores se identificó con la democracia deliberativa de manera significativa.<sup>2</sup> Por otro lado, confía firmemente en las ciencias sociales empíricas y cree que buena parte de la teoría política lamentablemente ignora la literatura empírica. En este libro, al igual que en muchos de sus trabajos recientes, confronta la teoría política normativa con las ciencias sociales empíricas para argumentar que la deliberación democrática no es lo que se espera de ella. • Propone dar a los filósofos políticos una educación empírica, una idea a la que yo, en todo caso, le doy la bienvenida. Él piensa lisa y llanamente que esta educación debería hacer una diferencia; sin embargo, como veremos, es menos claro qué diferencia piensa él que debería producir.

En este libro, como siempre, Sunstein es fascinante y provocativo en muchos aspectos, no sólo en cómo trata los temas de la deliberación y la democracia. Pero me concentro en esa parte de la discusión para criticarla, y como consecuencia, para ofrecer una pequeña respuesta a una creciente reacción de varios autores frente a la teoría de la democracia deliberativa. Sunstein y otros argumentan que la teoría democrática ha respaldado recientemente sus postulados normativos en un gran optimismo —empíricamente desinformado— acerca de la capacidad de la deliberación colectiva para llevar a mejores decisiones desde el punto de vista moral y racional. Cuando esa cuestión se considera empíricamente, ellos sostienen, la deliberación resulta parcial, en el mejor de los casos, y un desastre, en el peor de los escenarios. Quiero sugerir que la versión moderada de Sunstein de esta crítica sigue exagerando los postulados de los demócratas deliberativos, e interpreta la literatura empírica en contra de la deliberación de una forma tal que parece, incluso basándonos en sus propias descripciones de los estudios, ser injustamente parcial en contra del valor de la deliberación. Debo decir que para los propósitos del presente

---

2. Por ejemplo, ha interpretado a la Constitución de Estados Unidos en el sentido de que ella diseña una democracia deliberativa, y ha visto esto de manera aprobatoria. Véase *Designing Democracy: What Constitutions Do*, Oxford University Press, 2001.

• N. de la T.: el lector podrá encontrar un ejemplo breve de esta línea de investigación en el artículo de Cass Sunstein “La ley de la polarización de grupos”, publicado por la Revista Jurídica (Año 6, Número 1, páginas 55-70).

trabajo me limito estrictamente a los propios informes de Sunstein sobre los estudios empíricos, los cuales, en su mayor parte, no he consultado.

Aunque Sunstein interpreta los resultados empíricos injustamente en contra de la deliberación, no parece rechazar la democracia deliberativa sobre esta base. Su propia preferencia es más bien mejorar las instituciones y las prácticas deliberativas para evitar patologías. Aun así, desde mi punto de vista esta postura moderada ya es insuficientemente democrática, y muestra más acuerdo con las tendencias anti-democráticas de los científicos sociales de lo que la evidencia empírica puede sustentar. El libro analiza distintas formas de reunir las inteligencias de una variedad de individuos. Aquí me concentro sólo en su discusión respecto de las decisiones grupales mediante la herramienta de la deliberación colectiva, y también traigo a la discusión un especial interés en la democracia política.

1. El término “deliberación” es utilizado por una variedad de teorías con distintos significados. Existe un núcleo común en la literatura de la democracia deliberativa que concibe la deliberación como el intercambio público de opiniones, información y argumentos referidos a una pregunta práctica que el grupo, en su conjunto, está enfrentando. Esto es, un grupo necesita decidir qué hacer acerca de algo y la decisión es precedida por la discusión acerca de qué se debe hacer. Hay diferentes concepciones sobre qué tipo de contribución contaría como genuinamente deliberativa, pero dejaré esas diferencias de lado. Hasta aquí, esta concepción de la deliberación es concordante con lo que investiga la literatura empírica que Sunstein discute. Sin embargo, esa literatura enfatiza este tipo de deliberación específicamente en pequeños grupos que funcionan cara a cara, y es menos obvio que esta característica concuerde con lo que normalmente entendemos por deliberación democrática. El grupo al cual se refiere la teoría de la democracia deliberativa es frecuentemente una gran comunidad política, incluso un Estado-nación. Si bien no existe posibilidad de una discusión cara a cara entre todos los miembros, estas teorías sí parecen sostener que estos grupos deliberan en forma directa sobre las cuestiones políticas a las que se enfrentan. Por ende, esto no puede significar reuniones en persona de todos los miembros.

Una comunidad amplia delibera sobre una cuestión política en un sentido que involucra una compleja combinación de lo que podríamos denominar *reuniones* y *emisiones*. Una reunión es un escenario comunicativo en el cual la gente delibera en persona (incluso electrónicamente, pero en tiempo real) con los demás que están presentes. La emisión es una contribución a una discusión pública y es ella misma pública, dirigida a cualquiera que pueda verla o escucharla. Las asambleas comunales [*town meetings*] y las convenciones políticas son *reuniones*. Un discurso político y un ensayo son *emisiones*. (Existen posibilidades intermedias entre *reuniones* y *emisiones*, por supuesto, pero podemos conservar un esquema simple.) El hecho de que las reuniones sean parte de cualquier historia democrática deliberativa no significa que ellas, en sí mismas, cumplan con el modelo de deliberación, mucho menos que sean la interpretación privilegiada de él. Cuando consideramos comunidades políticas amplias, las reuniones dejan demasiado afuera. Lo más significativo que les falta es la mayoría de los miembros del grupo. Si el grupo cuyas preguntas prácticas estamos considerando es una gran comunidad, entonces una reunión de una pequeña parte de sus miembros no es un verdadero caso de deliberación del grupo relevante ni de una reunión de él. La reunión, y lo que en ella sucede, suele ser parte de

algo mayor que puede llegar a contar como deliberación del grupo (dependiendo de la reunión), pero no cuenta en sí misma como deliberación del grupo grande. Es cierto que como las reuniones serán seguramente parte de la deliberación política, podemos aprender algo al investigar las virtudes y los vicios de la deliberación en esos ámbitos. Pero es importante tener en mente que no son toda la historia.

¿Deberíamos suponer, como lo hace Sunstein, que cualquier limitación o defecto de deliberación en las reuniones será también un límite o defecto en la deliberación pública en el nivel mayor? Creo que deberíamos dudar de este tipo de generalización de hallazgos sobre pequeños grupos “en persona” (sea cual fuere ese hallazgo; dejaré este punto abierto por el momento). El problema no es solamente que la cuestión del grupo a mayor escala, como un todo, no está muy estudiada de forma empírica. Ciertamente, con frecuencia podremos conjeturar de manera intuitiva que algunos resultados empíricos a pequeña escala parecen ser aplicables a mayor escala. Pero en el caso de la deliberación creo que esta pregunta debe hacerse sobre cada uno de los rasgos (sean ellos virtuosos, problemáticos, o neutros) de la deliberación que estén en cuestión. Hay varias cosas que podríamos tener en cuenta al medir el éxito de la deliberación. ¿Conduce a algún cambio de parecer? ¿Conduce a soluciones más acertadas que los métodos no deliberativos? ¿Muestra signos preocupantes de “pensamiento de grupo”? Éstas y otras preguntas no pueden ser respondidas de manera obvia en el nivel del grupo grande, simplemente sabiendo las respuestas (suponiendo que las conocemos) en el nivel de las reuniones más acotadas. Entonces la deliberación de la democracia deliberativa no es la de las pequeñas reuniones, y esto pone en cuestión la aplicabilidad de buena parte de la literatura empírica.

Este reparo puede parecer una evasiva. La misión de Sunstein en este punto es someter la teorización en abstracto al escrutinio empírico, y si algunos de los estudios están indagando sobre un tipo de deliberación incorrecto, entonces deberíamos procurar que el tipo adecuado esté empíricamente estudiado. Es difícil discrepar con eso en principio. Hay un peligro, sin embargo, de hacer un fetiche de la maleabilidad empírica. Cuando se puede obtener buena evidencia empírica, ella obviamente debe ser tomada en cuenta. Pero eso no equivale a suponer que los modelos de deliberación que son difíciles de estudiar empíricamente deben ser rechazados. El hecho de que una teoría de la democracia se base en afirmaciones que son empíricas no significa que, a su vez, esas afirmaciones puedan ser evaluadas empíricamente. Consideremos la proposición de que el sistema estadounidense de juicio por jurados tiene una fuerte (aunque falible) tendencia a condenar culpables y a absolver a inocentes. Esto es difícil de probar empíricamente, a pesar de que es una proposición empírica, como algo opuesto a una proposición *a priori*. Pese a que hay evidencia empírica con alguna aplicación al caso, la cuestión sigue siendo difícil. Pero sería irresponsable rechazar el sistema de jurados simplemente sobre la base de que no es empíricamente comprobable en forma completa y directa, o incluso porque existe alguna evidencia empírica en contra de la proposición. Si hay buena evidencia empírica debe obviamente ser tomada en cuenta, pero un juicio más amplio es necesario. Lo mismo parece valer para el caso de la deliberación democrática.

Existe otra característica de la literatura sobre la democracia deliberativa que está en peligro de ser ignorada. Sunstein parece sugerir que en el corazón del enfoque de la democracia deliberativa existe un optimismo ingenuo acerca de la posibilidad de que a

través de la deliberación interpersonal se logren descubrir errores y prejuicios para promover la verdad. Se refiere, para simplificar, a Habermas y Rawls (en la página 49). Ellos representan el objetivo contra el cual apuntará algunos resultados empíricos desalentadores. En el caso de Habermas, las frases optimistas que Sunstein cita son tomadas del contexto en el que el autor alemán discute su famosa formulación hipotética sobre la “situación ideal del habla”. Hubiera sido mucho más pertinente si Sunstein hubiese citado a Habermas como sugiriendo que las prácticas reales de deliberación política tienen una tendencia abrumadora a sustentar la decisión favorecida por el peso de las razones. Pero es significativo que, como creo que sucede, no exista tal pasaje en la obra de Habermas. Eso quitaría al alemán, probablemente la fuente intelectual más importante de la teoría de la democracia deliberativa, de la lista de autores cuyos puntos de vista pueden ser desafiados por la literatura empírica acerca de la deliberación.

Concedo que es desconcertante que Habermas pueda pertenecer (como sostengo, de acuerdo con Sunstein, que sucede) al centro del movimiento de la democracia deliberativa si nunca dice demasiado para sugerir que la deliberación real tiene grandes virtudes. La explicación, según creo, consta de dos partes. Primero, la deliberación juega un papel absolutamente central en la teoría normativa de Habermas. Él argumenta que la legitimidad de un pacto político *consiste* en el hecho, cuando es así, de que el pacto habría sido consentido unánimemente en una determinada deliberación ideal imaginaria, en la que todas las partes interesadas hubieran podido participar en igualdad de condiciones y vetar lo que no acepten. De tal manera que, en el nivel teórico, no hay Habermas sin deliberación. Pero nótese que este criterio de legitimidad no dice nada acerca de si el pacto político debe haber sido producido a través de la deliberación. En algunos casos, la deliberación real puede darnos alguna evidencia sobre qué habría sido acordado en la deliberación ideal. Pero en otros casos, podríamos tener razones para pensar que un procedimiento mucho más realista es un indicador mejor.<sup>3</sup> De tal manera que, aunque la deliberación sea quizás el concepto central en la teoría, la deliberación real no es, en modo alguno, una preocupación en la teoría de Habermas.

El segundo punto (sobre cómo Habermas es central en la teoría de la democracia deliberativa, aunque no enfatice la deliberación real) es que hay ciertos teóricos, inspirados en Habermas y otros, que sí prestan atención a la deliberación real en la política. Gutmann y Thompson desarrollan una teoría normativa de este tipo.<sup>4</sup> Fishkin aboga fuertemente a favor de la deliberación real en política.<sup>5</sup> Hay sin duda otros. Aunque la obra de Habermas (y la de Rawls, a la cual volveré en breve) jugó un papel importante en el desarrollo de estos enfoques, su propio punto de vista (y el de Rawls) es, según creo, muy distinto. No sé si estos u otros teóricos pueden ser acusados de ser más optimistas sobre la deliberación real de lo que la evidencia empírica sugiere. Frecuentemente ellos son reformistas con un ojo puesto en mejorar la deliberación, como el propio Sunstein.

---

3. Explico esta interpretación de Habermas y desarrollo la idea en cierto sentido en *Democratic Authority: A Philosophical Framework*, (Princeton University Press, 2008), especialmente capítulo 10.

4. Gutmann, Amy y Dennis Thompson. 1996. *Democracy and Disagreement*. Cambridge: Harvard University Press.

5. Ver Ackerman y Fishkin, *Deliberation Day*, Yale University Press, 2005.

Sigue habiendo un punto interesante aquí. Los estudios empíricos sobre la deliberación real no se ocupan muy directamente de la deliberación fuertemente idealizada, explícitamente hipotética y poco realista de la situación ideal del habla de Habermas. Aun así, podría ser que lo que aprendamos de la deliberación real pueda aplicarse incluso a la situación imaginaria e ideal del habla. Por ejemplo, supongamos que hay una fuerte tendencia de la gente a acordar con la posición que es representada por la mayor cantidad de miembros, sin importar demasiado el mérito de tal postura (esto es, esquemáticamente, lo que Sunstein considera como el resultado de muchos estudios). Si esto es así, no es claro que alguna de las características sugeridas respecto de la situación deliberativa ideal esbozada por Habermas podría superar esta tendencia desafortunada. Pero en cualquier caso, esta no es la pregunta que Sunstein está formulando. Él está escribiendo, claramente, acerca de cómo funcionan las instituciones reales de deliberación o sus versiones mejoradas en la medida de lo posible. Los postulados habermasianos a favor del discurso ideal estarían, entonces, fuera de tema.

Sunstein cita a Rawls: “Los beneficios del debate residen en el hecho de que incluso los legisladores representativos sufren limitaciones de conocimiento y de su capacidad de razonar. Ninguno de ellos sabe todo lo que saben los demás, ni puede hacer las mismas deducciones a las que llegan conjuntamente. El debate es un medio de combinar información y de ampliar el alcance los argumentos.” (TJ, primera edición, página 399.) Sobre esta base Rawls es incluido en la lista de optimistas influyentes sobre la deliberación en la teoría de la democracia, uno de los que sostienen una visión optimista que será desafiada por los resultados empíricos que Sunstein trae a discusión. Pero nuevamente, como en el caso de Habermas, el pasaje es sacado de una discusión acerca de un contexto de deliberación explícitamente hipotético e idealizado. Rawls está analizando, en este punto, una condición imaginaria en la que legisladores hipotéticos razonarán juntos en un esfuerzo por dictar legislación que contribuya de la mejor manera a formar una sociedad justa, en los términos que Rawls formuló sus famosos dos principios de justicia. Él sostiene que incluso esta deliberación ideal será imperfecta, y que en algunos casos fallará y promulgará leyes que no promuevan la justicia social. De acuerdo con Rawls, este escenario imaginario es parte de la teoría de la justicia, dado que cuando los verdaderos ciudadanos critiquen las leyes como injustas lo justificarán argumentando (explícitamente o en efecto) que la ley no sería aceptada por la mayoría de los legisladores en la legislatura ideal imaginaria. No hay nada en la forma en que Rawls trata este asunto que sugiera una opinión acerca de si la deliberación en el mundo real tendrá una fuerte tendencia a conducir a decisiones justas. Sin dudas, Rawls usa puntos intuitivos sobre el potencial epistémico de la deliberación. Él dice que “suponemos normalmente que un debate ideal conducido entre muchas personas llegará más fácilmente a la decisión correcta (si es necesario a través del voto) que las deliberaciones de uno de ellos por sí solo”. (Página 399.) Aun así, este punto de vista de “una discusión conducida idealmente” no es, de manera obvia, más optimista que la postura empíricamente dura de Sunstein, como veremos.

En general, no es fácil encontrar ejemplos claros del optimismo crudo sobre la deliberación que tantos científicos sociales consideran tan importante contrastar con el escrutinio empírico. Incluso cuando hay autores que calzan en esos zapatos, los puntos desarrollados más arriba sobre Rawls y Habermas sugieren que tal optimismo exagerado

no es parte integrante del movimiento teórico llamado “democracia deliberativa”. Esto no quiere decir que no valga la pena aprender lo que podamos sobre el valor epistémico de la deliberación colectiva. Pero la idea, cada vez más común, de que la democracia deliberativa se caracteriza por un optimismo empíricamente inadecuado es en sí misma una proposición empírica, sostenida normalmente sin buena evidencia.

2. Centro mi atención ahora en la literatura empírica que Sunstein ofrece para la discusión acerca de la deliberación en contextos políticos. Una preocupación acerca de la literatura empírica es que, frecuentemente, es poco claro cuál es la comparación. La comparación relevante sería entre una elección colectiva sin deliberación y una elección colectiva luego de la deliberación. Ese sería el modo de preguntarnos cuál es la diferencia que la deliberación produce. No es relevante para esta pregunta limitada si una decisión colectiva por medio de la deliberación es o no todo lo buena que podríamos desear o esperar. Tampoco es relevante si un procedimiento deliberativo se desempeña tan bien como el miembro que mejor se desempeña, o el miembro promedio. Esas son preguntas diferentes.

Para comparar procedimientos deliberativos y no deliberativos sería necesario elegir una forma de agregar los juicios individuales al final. Se puede hacer según la regla de la mayoría, tomando en cuenta la visión de un miembro al azar, tomando el punto de vista del mejor miembro, etc. Cualquiera que sea el método, la pregunta relevante sería si un procedimiento de *esas características* tiene mejores resultados luego de la deliberación que si no hubiera habido deliberación alguna.

Sunstein propone comenzar preguntando si los grupos deliberativos funcionan mejor que los “grupos estadísticos”, cuyo funcionamiento es medido o bien por la decisión de la mayoría o bien por el promedio de las decisiones individuales (donde, por ejemplo, cada individuo intenta adivinar cuántos frijoles hay en un tarro). Pero la discusión resultante se mueve en forma confusa entre esa pregunta y la pregunta acerca de si un grupo deliberativo funciona tan bien como el mejor miembro. El lector se lleva la impresión de que la deliberación ha demostrado tener resultados pobres. Pero la evidencia citada no parece sustentar esto.

En algunos estudios sobre intentos de adivinar el peso de una persona, el número de frijoles en un tarro, o el largo de una línea, la deliberación aparece como incapaz de producir una mejora respecto de la respuesta promedio. Aun quienes creen en la deliberación no deberían estar muy sorprendidos acerca de esto, por dos razones. En primer lugar, éste es un tipo de tema sobre el cual los grupos estadísticos funcionan sorprendentemente bien (Surowieki da ejemplos sobre intentos de adivinar cosas semejantes, demostrando que las respuestas promedio son frecuentemente mejores que las de casi todos los individuos, y correctas dentro de un margen de uno o dos puntos porcentuales).<sup>6</sup> En ese caso, simplemente no hay mucho lugar para mejoras. Pero, en segundo lugar, en este tipo de asuntos es difícil ver cuánta información o razonamiento puede ser compartido entre las personas. Si mi suposición es que el tipo pesa 170 libras, y usted se inclina a decir que pesa 180, ¿qué puede decir uno de nosotros para darle razones al otro para que cambie de

---

6. Ver James Surowieki, *The Wisdom of Crowds*, Random House, 2004.

idea? Tal vez haya algunas cosas, pero no mucho. Así que deberíamos considerar los efectos de la deliberación en tipos distintos de tareas.

Se nos dice que en un estudio de juegos de ingenio los grupos deliberativos “obtuvieron mejores resultados que el miembro promedio, pero no tan buenos como el mejor miembro”. (Página 60.) Recordemos que la tesis de Sunstein es que “tomados en conjunto, estos descubrimientos presentan un problema extremadamente serio para la visión optimista, [y para] todos los que están a favor de la deliberación como método para mejorar los juicios”. (Página 58.) Como sugerí, no está claro quién tiene la visión optimista, pero el estudio citado acerca de los juegos de ingenio podría parecer un sustento. Si tenemos un grupo y un juego de ingenio, ¿deberíamos emplear la deliberación y tomar el juicio del grupo, o deberíamos decidir de otro modo? Salvo que sepamos quién es el mejor miembro, este estudio sugiere que la decisión de un grupo deliberativo es el mejor método.

Hasta ahora, la deliberación sobre cálculo de frijoles no ayuda ni perjudica, y en los juegos de ingenio ayuda. Aplausos para la deliberación. Esto supuestamente iba a ser una acumulación de evidencias *contra* el valor de la deliberación, de modo tal que debemos preguntarnos en qué es que la deliberación está fallando. Está teniendo (hasta ahora) mejores resultados que la no deliberación. Pero no está funcionando mejor que el mejor miembro del grupo. O, al menos, no de manera usual. Un estudio sobre estimaciones de cantidad de habitantes de las ciudades de Estados Unidos sostiene que los grupos deliberativos tienen mejor rendimiento incluso que el mejor miembro, aunque se nos dice que esto no sucede en “la gran mayoría de los casos”.

Sunstein reporta que en una clase de casos conocidos como “problemas *eureka*”, los grupos deliberativos no solamente funcionan mejor que los no deliberativos, sino que obtienen mejores resultados que la mayoría de sus miembros, y con frecuencia tan buenos o mejores que el mejor miembro. Un problema *eureka* es un tipo de problema en el que, cuando la respuesta correcta es difundida, ella puede ser reconocida con facilidad por los demás. (Volveré a esto más adelante, para cuestionar la idea de los “problemas *eureka*”.)

En un estudio de un “juego complejo de estrategia económica”, los grupos deliberativos solían ser tan buenos como el mejor miembro, y frecuentemente incluso superaban su rendimiento. Sunstein argumenta que se trata de una tarea similar en algunos aspectos a la de los problemas *eureka*, y eso nos ayuda a ver que el fenómeno *eureka* puede tener amplia aplicación en asuntos de importancia política. ¡Aplausos para la deliberación!

En otro estudio, Sunstein reporta que los grupos deliberativos funcionaron “extremadamente bien” en un “problema de política monetaria, en el que se pedía a los participantes que manipularan la tasa de interés para conducir la economía hacia el buen camino”. (Página 62.) Esto apoya más el valor de la deliberación, y aquí Sunstein ni siquiera encuentra una conexión con el fenómeno *eureka*. Pareciera que “los mejores puntos y argumentos se reparten entre varios jugadores individuales”. (Página 63.) Esto es notable y especialmente prometedor para el contexto político.

Sunstein identifica un fenómeno que frecuentemente juega en contra del valor epistémico de la deliberación: que el resultado de la deliberación tenderá a moverse hacia la posición inicialmente sostenida por una mayoría previa a la deliberación. Esto será malo si la mayoría está desde el comienzo equivocada. Será bueno si está en lo cierto. Es problemático si este efecto opera sin importar si la mayoría tiene la posición acertada o no. Pero, como



señala Sunstein, en verdad no es tan malo. El grupo se mueve hacia la posición de la mayoría cuando está en lo cierto mucho más frecuentemente que cuando la mayoría está equivocada. Tomado en general, ¿resulta esto favorable o contrario a la deliberación? Sunstein está argumentando en contra de la deliberación, y toma esto como evidencia para sostener su postura: “dado que la mayoría ejercía influencia incluso cuando estaba equivocada, el promedio de las decisiones grupales correctas era apenas más elevado que el promedio de decisiones individuales (66% contra 62%)”. (Página 65.) Permítaseme traducir esto: aunque la postura de la mayoría influye también cuando está equivocada, debido a que es más influyente cuando está en lo cierto, la deliberación sigue obteniendo mejores resultados que la no deliberación por un margen total significativo.

¿Aplausos para la deliberación? Sunstein sigue sin estar impresionado: “[l]o más importante es que los grupos no tuvieron un rendimiento tan bueno como lo hubieran tenido de haber sumado apropiadamente la información que cada miembro del grupo poseía”. No se nos dice qué significa aquí agregación “apropiada”, pero creo que quiere decir que la suma de la información de cada individuo no es apropiada si el grupo no tiene un rendimiento al menos tan bueno como el mejor individuo. Pero en muchos contextos de decisión el grupo no sabe quién es el mejor miembro, o si algunos lo saben, esto puede ser demasiado controversial o estar abierto a un disenso razonable. En esos casos, la pregunta crucial es si decidir como grupo sin deliberación o con deliberación. Hay mucha evidencia que sostiene que en muchos contextos la deliberación mejorará el resultado.

La tendencia general del análisis de Sunstein de los estudios empíricos es a desacreditar. Él intenta demostrar que la deliberación no es todo lo que de ella se espera. Sin embargo, no está en contra de la deliberación en general, sino que la critica con el fin de mejorarla. Esto empaña la postura polémica de su libro, según me parece. Como explicaré más adelante, la deliberación no puede ser realmente descartada. Pero podría ser minimizada si pensáramos que es seriamente deficiente. ¿Cree Sunstein que la evidencia empírica es suficientemente condenatoria como para que debamos acudir a métodos no deliberativos de toma de decisiones? Si no es así —si él sugiere en su lugar que no deberíamos abandonar sino intentar mejorar la deliberación—, la pregunta es *por qué*. Es difícil ver cuál podría ser la respuesta, salvo una creencia en que existen versiones mejoradas —y factibles— de deliberación que evitarían las patologías y dificultades que él cataloga, o que al menos las reducirían a un nivel aceptable. Me inclino a pensar que éste es su enfoque. Pero es difícil cuadrar este punto de vista con la forma en que postula su argumento en oposición al supuesto optimismo ingenuo de los teóricos de la democracia deliberativa. O él piensa que Rawls, Habermas, Gutmann, Thompson y otros quieren sugerir que los contextos deliberativos reales, tal como existen, en su gloria imperfecta, son mecanismos confiables para la verdad y la justicia, o se da cuenta de que ellos en verdad no creen eso. En efecto, no lo creen. La teoría de la democracia deliberativa no se caracteriza por celebrar el valor epistémico de las instituciones políticas deliberativas reales; más bien lo contrario. En lugar de esto, argumenta que es factible mejorar la deliberación de manera tal que adquiera un valor epistémico suficiente como para justificar que cumpla un papel central en la política. Lo que me desconcierta es que ésta parece ser precisamente la postura de Sunstein. Si estoy equivocado en esto, la única posibilidad restante es que él piense que la deliberación es un caso sin esperanza, un

enfoque que conduce, según creo, hacia la ruta antidemocrática pavimentada por los escritos de los economistas y politólogos inspirados en Schumpeter.

En cualquier caso, la visión reformista de la deliberación me resulta la postura correcta. La deliberación cara a cara promueve buenas decisiones en muchos contextos, y en algunos contextos en los que no es así, hay buenas formas de remediarlo. En otros ámbitos, la deliberación puede hacer más mal que bien. No debería pensarse que los méritos de un enfoque ampliamente deliberativo de la teoría normativa de la democracia apoyarían el uso indiscriminado de la deliberación colectiva, en todo lugar en el que pueda ser utilizado. El análisis de Sunstein nos ayuda a mantener el balance, en este sentido, aun cuando debemos dudar acerca de que las cosas estén verdaderamente tan desbalanceadas como él sugiere.

Concluyo con varios puntos que puede ser útil tener en mente cuando nos preguntemos cómo poner a prueba empíricamente el valor epistémico de la deliberación colectiva. Primero, no hay ningún escenario que no haya sido profundamente influenciado por la deliberación, considerada en sentido amplio, porque ella es simplemente parte de la vida. Nadie que aventure una opinión sobre un tema, especialmente temas que son más o menos relevantes para las decisiones políticas democráticas, ha formado su opinión librado de los efectos de la deliberación interpersonal. Todos escuchamos la discusión que tiene lugar en la cultura de fondo, así como las numerosas discusiones que tienen lugar en escenarios más particulares de nuestras vidas. Los enfoques deliberativos de la democracia no están muy comprometidos en un reclamo por mayor deliberación, aunque normalmente traerán implicado que las formas existentes de deliberación pueden ser mejoradas en ciertos aspectos. Si preguntamos si incluso el sistema de deliberación existente, desordenado, complejo y profundamente defectuoso, tiene valor epistémico comparado con una situación sin ninguna deliberación, hay dos respuestas obvias. Una es que un medio sin deliberación es casi imposible de concebir. La otra es que, aun haciendo lo mejor que podamos para concebirlo, la deliberación es casi con certeza mejor que la no deliberación. Si, por ejemplo, pudiéramos aislar a individuos en forma completa de toda comunicación interpersonal relevante para las decisiones que toman en política, y luego viéramos qué resultados obtienen, es bastante claro que funcionarían desastrosamente. Serían individuos profundamente incapacitados, privados de la mayor parte de la comunicación humana normal. Tomemos un ejemplo solamente: no habrán escuchado argumento alguno a favor o en contra de las prohibiciones legales del aborto, si de hecho pudiéramos suponer que sabrán qué es el aborto.

Todo esto es compatible con la idea de que la deliberación pública existente tiene, al menos en ciertos contextos y subsistemas, ciertas tendencias sistemáticas hacia el error. Pero, ¿podemos pensar esto acerca del sistema en su conjunto en comparación con la absoluta falta de deliberación? Como dije, o bien no podemos encontrarle realmente sentido a la pregunta (así como a cualquier propuesta sobre cuál sería la respuesta), o podemos concebirla, y en tal caso es absurdo pensar el sistema de deliberación en su conjunto como epistémicamente neutral o dañino. (Debo ser claro: no estoy, en este punto, desafiando nada de lo que Sunstein ha dicho).

Segundo, un pequeño punto. Puede llevar a confusión amontonar muchas cosas bajo el paraguas del Teorema del Jurado de Condorcet, el influyente hecho matemático de que gente ligeramente competente puede funcionar sorprendentemente bien como grupo bajo

la regla de la mayoría.<sup>7</sup> Sólo por dar un ejemplo, cuando la gente intenta adivinar cuántos frijoles hay en un pote, y el promedio de sus respuestas es bastante cercano al correcto, esto no le debe nada al Teorema del Jurado. El cálculo del Teorema del Jurado es específicamente sobre la probabilidad de que por lo menos una mayoría (o en versiones extendidas, una pluralidad) obtenga la respuesta correcta. La cercanía de la respuesta promedio a la respuesta correcta es una pregunta que no encuentra respuesta en absoluto en ese esquema. Puede haber alguna relación matemática entre ambas preguntas, pero ella no es obvia, y es importante ser claros en que no son lo mismo. Por ejemplo, en principio puede suceder que los obstáculos para emplear una para algún propósito no sean obstáculos para emplear la otra.

Tercero, no es claro qué debería contar como “problema *eureka*”. Recordemos que Sunstein informa que la deliberación grupal es especialmente efectiva en esa clase de decisiones. La descripción esquemática de esa clase de casos es que, una vez que la respuesta correcta se difunde, todos o muchos miembros pueden reconocerla como tal y cambiar de opinión, adoptándola. Un ejemplo claro de un problema *eureka* es uno en que cuando la gente oye la respuesta, recuerda que ya la sabía. Nombre a los siete enanitos. ¿Cuántos pies hay en una milla? ¿En qué año cayó la Armada española? Una vez que uno escucha la respuesta correcta, puede recordarla, y entonces se estará muy seguro de que es correcta. No se necesita oír argumentos o evidencia. La deliberación colectiva simplemente mejora las chances de ser expuesto a la respuesta correcta, un factor que no tiene nada que ver con la deliberación o el razonamiento conjunto. Pero esta descripción no se aplica a la mayoría de los problemas matemáticos. En ellos no son las respuestas las que pueden ser reconocidas como correctas, sino el procedimiento utilizado para resolverlas. Esto se parece más a un tipo de razonamiento que es una herramienta poderosa para la persuasión racional. La deliberación tiene muy buenos resultados en problemas matemáticos, pero no porque sean problemas *eureka* simples. Sería incorrecto ponerlos en la misma bolsa simplemente sobre la base de que la deliberación grupal funciona tan bien en ambos casos. Los mecanismos son muy diferentes, y sólo los problemas de matemáticas muestran el poder del razonamiento conjunto (precisamente el tipo de poder que la teoría deliberativa de la democracia espera poder aplicar también a contextos morales o políticos).

Puede ayudar distinguir entre *problemas eureka de reconocimiento* (como la pregunta sobre los siete enanitos), y *problemas eureka de demostración* (como la pregunta acerca de cuál es la raíz cuadrada de 844). Consideremos algunas preguntas relevantes para la política. ¿Debería O.J. Simpson ser Presidente? La mayoría de nosotros nunca consideró esta pregunta, entonces no entra en consideración la posibilidad de recordar la respuesta correcta. Por eso no se trata de un problema *eureka* de reconocimiento. Y aun así existe una sensación *eureka* en el problema. Una vez que cayéramos en la cuenta de que, a pesar de su absolución, él es casi con seguridad un asesino malvado, la mayoría de nosotros nos pasaríamos inmediatamente del lado de la respuesta correcta sobre si él debería ser Presidente. Por supuesto, los pocos candidatos serios a Presidente de los Estados Unidos

---

7. Explico el Teorema y discuto críticamente su relevancia para la teoría democrática en *Democratic Authority*, op. cit.

en una campaña no serán casos *eureka* de este tipo. ¿Por qué no? Porque no habrían sobrevivido en la carrera si lo fueran. En etapas anteriores de ese proceso se hizo un trabajo epistémico importante y confiable, filtrando y descartando candidatos obviamente terribles, o incluso desalentando a muchos candidatos obviamente malos de molestarse siquiera en competir, sabiendo que sus defectos serían inmediatamente obvios. (Probablemente, O.J. ni se molestaría en hacer campaña.) Nada de lo que estoy diciendo significa que todo –o la mayoría de– el trabajo epistémico que se ha hecho sobre la deliberación pública que conocemos sea confiable. El punto más limitado es que hay muchos problemas *eureka* de demostración en política. También hay muchos problemas de otros tipos.

En cuarto lugar, debido a razones culturales interesantes (¿se tratará de una versión de “pensamiento de grupo”?), se ha vuelto algo altamente deseable para un psicólogo social empírico poder sostener haber demostrado que los individuos y los grupos no son muy racionales, informados, inteligentes, o buenos. Desde la perspectiva de alguien que mira desde afuera, tengo la impresión de que, con frecuencia, los estudios están diseñados cuidadosamente para encontrar y enfatizar fallas de racionalidad, información, inteligencia o virtud. Varios proyectos de investigación muy importantes han fomentado esta modalidad escéptica. Uno es la literatura de Kahneman y Tversky acerca del “efecto de presentación” [*framing effect*]• y mecanismos relacionados, pretendiendo demostrar fallas ubicuas de la racionalidad individual.<sup>8</sup> Otro es el famoso trabajo de Arrow, que sostiene demostrar que no hay una forma plausible de combinar las preferencias individuales de modo tal que conformen una preferencia grupal.<sup>9</sup> Otra es la vasta área de investigaciones sobre problemas de acción colectiva, en los que la racionalidad instrumental individual en un contexto colectivo no resulta en una racionalidad instrumental colectiva. También está la profusa literatura que dice demostrar que los votantes de las democracias están lastimosamente desinformados.<sup>10</sup> De modo tal que es importante estar en guardia contra esta dinámica que favorece el escepticismo. Es sorprendente el modo en que muchos de estos resultados se presentan, como si dañaran el argumento a favor de la democracia. No es frecuente que se explicité qué alternativas podrían funcionar mejor, pero una de las alternativas comunes, que se encuentra implícita, es la de sacar las decisiones del control político y ponerlas bajo el control del mercado económico.<sup>11</sup> Esta interferencia genera muchas preguntas que no puedo abordar aquí, pero que valdría la pena analizar.

Cuando la dinámica favorable al escepticismo esté en funcionamiento, ella conducirá a los investigadores a diseñar experimentos dirigidos a encontrar y exponer una falla de

---

• N. de la T.: describe el efecto según el cual una variación en el formato de la opción presentada a una persona puede alterar su decisión.

8. Kahneman, D. y A. Tversky, Eds., *Choices, Values, and Frames*, Cambridge University Press, 2000.

9. Kenneth Arrow, *Social Choice and Individual Values*. 2da ed. New Heaven, CT: Yale University Press, 1963.

10. Para datos recientes sobre ignorancia de los votantes y un argumento acerca de que un gobierno más chico ayudaría, ver ILSA Somin, “When Ignorance Isn’t Bliss: How Political Ignorance Threatens Democracy”, *Cato Institute, Policy Analysis* No. 525, Sept. 22, 2004.

11. Ver, por ejemplo, Bryan Caplan, *The Myth of the Rational Voter*, Princeton University Press, 2007, y Pincione y Teson, *Rational Choice and Democratic Deliberation: A Theory of Discourse Failure*, Cambridge University Press, 2007.

racionalidad, información, inteligencia o virtud. Parece haber menos interés en diseñar un estudio para demostrar un escenario en el cual la razón pase la prueba. (Soy un forastero de las ciencias sociales empíricas, de modo tal que es difícil para mí verificar sistemáticamente esta impresión. Júzguelo usted mismo.) Si esto fuera así, ¿por qué lo es? Aventuraría la siguiente explicación. Lo es porque diseñar tal escenario sería demasiado fácil. Es tan obvio que la razón triunfa usualmente que no es interesante encontrar sustento de este postulado. Pero como la posibilidad de que la razón triunfe es obvia, es más interesante ver si se pueden diseñar escenarios en los cuales ello no suceda. El impulso que favorece el escepticismo puede haber logrado por esta razón volverse predominante en la literatura de la ciencia social en torno a la deliberación.

Supongamos que hemos diseñado un estudio de la siguiente manera: juntamos a 20 personas en una habitación, le damos a cada una una copia del examen SAT [que califica para el ingreso a la universidad], y les indicamos que trabajen juntas. En el cuarto contiguo le damos a cada persona una copia, e insistimos en que trabajen cada una por su cuenta. Dejemos que el resultado de la segunda habitación sea el máximo de los resultados individuales. Aun así, predigo con gran confianza que el grupo que deliberó tendrá mejores resultados. Pienso que como todos saben esto, nadie publica un estudio así, y si lo hicieran, nadie se molestaría en citarlo. Sí, habrá dinámicas de poder y estatus en la deliberación, cierta tendencia a seguir a la mayoría, etc. Incluso reconociendo esto, la solución deliberativa obtendrá mejores resultados que la no deliberativa. No estoy diciendo que esos casos no hayan sido estudiados por la literatura empírica. Mi punto es solamente que hoy hay incentivos para desprestigiar el optimismo sobre la racionalidad en varios escenarios. El número de artículos en ese sentido excede por mucho el número de artículos que defienden la racionalidad, pero eso no puede ser suficiente para medir si la evidencia es en realidad profundamente contraria a las perspectivas a favor de la racionalidad. Esta es simplemente una cuestión distinta de la de cuántos artículos adoptan ese punto de vista.

Me he concentrado en esta porción del enriquecedor libro de Sunstein para difundir parte de mi reacción hacia la moda actual más extensa, según la cual las investigaciones empíricas devastan las pretensiones de la perspectiva deliberativa de la democracia. Celebro los esfuerzos continuos de Sunstein por conciliar la teoría normativa de la democracia con las ciencias sociales empíricas. Aun con sus reparos empíricos, dudo que él esté “en contra de la deliberación”, sea lo que fuera que ello signifique. Si ese hecho sobre su punto de vista se entiende adecuadamente, tal vez su libro ayudará a disolver algunos de los frentes de batalla que caracterizan hoy a la teoría de la democracia.

